

Mensajes del Papa Francisco

Basado en
"Esperanza - Papa Francisco, la Autobiografía"

Parte 2/3:
Crecer de los Errores



En su autobiografía, Esperanza, el Papa Francisco compartió siete experiencias de vida que son relevantes para guiar los corazones de los niños en edad escolar. Ellas son el enfoque de un boletín informativo de tres partes: (1) Promover el carácter cristiano, (2) Aprender de los errores, y (3) Manejar el estrés emocional.

Los seres humanos cometemos errores debido a información inexacta o incompleta, percepciones erróneas, falta de conocimiento, inexperiencia, puntos ciegos emocionales o inmadurez. ¡Pero los errores no tienen por qué tener la última palabra! Los errores pueden transformarse en valiosas lecciones de vida y en un crecimiento del autoconocimiento.

Los padres les hacen mucho bien a sus hijos cuando les enseñan a identificar, luego a asumir y finalmente a controlar los errores o el mal comportamiento. El proceso implica enseñar a los niños a ser reflexivos... a conectar con sus sentimientos de incomodidad, decepción o culpa... a dejar que esos sentimientos guíen su corazón hacia el deseo de crecer a partir del error.

Cada uno de nosotros fue creado a imagen y semejanza de Dios. Somos "Imago Dei" (Imagen de Dios). De niño, el Papa Francisco tenía una idea de su identidad cristocéntrica. Y

cuando tomó decisiones contrarias a esa identidad, se decepcionó de sí mismo. Sintió culpa y vergüenza. Pero en lugar de paralizarse por lo negativo, se enfrentó a sí mismo, decidido a mejorar, y creció en gracia.

Esta es la lección y la perspectiva que padres y maestros deben inculcar en la formación de sus hijos. Háganles saber que, por naturaleza, Jorge Bergoglio era de mal genio y podía ser duro con los demás. A veces cedía a impulsos negativos de los que luego se avergonzaba. Poco a poco, dominó esos impulsos humanos. No dejó que sus errores lo definieran. Años después, cuando lo conocimos como el Papa Francisco, era amable, paciente, cariñoso, acogedor, sin prejuicios y respetuoso con los demás, incluso si no estaba de acuerdo con ellos.

Compartan con sus hijos los siguientes dos incidentes de la infancia del Papa Francisco: uno de cuarto grado y el otro de primer año en un internado. ¡Hay esperanza para todos!

CUARTO GRADO - Insultar a Una Profesora

Un día, en cuarto grado, no sé por qué, la señora Lia me regañó y no se me ocurrió nada mejor que insultarla. La maestra se mantuvo tranquila. Tomó mi cuaderno y escribió que quería ver a mi madre, y mi mamá, obviamente, fue al día siguiente. Hablaron un buen rato y luego me llamaron. Entré cabizbajo y con la mirada aún más baja, y mi mamá me regañó. «Pídele perdón a la maestra», me dijo, y lo hice. «Dale un beso a la maestra», y lo hice. La maestra me envió de vuelta a clase, y me alegré porque pensé que me había salido con la mía. Pero la segunda reacción ocurrió al volver a casa después de la escuela. (ESPERANZA, pág. 90)

- Habla con tu hijo/a con calma. Pídele que nombre el comportamiento problemático; que lo reconozca asumiendo la responsabilidad por la situación; y que lo controle diciendo cómo evitar que se repita en el futuro.
- Involucra a tu hijo/a en elegir cómo restaurar las "buenas relaciones" con la persona ofendida.
- Trabaja en conjunto con la escuela. Desacuerda en privado. Exige a tu hijo/a que cumpla con los estándares de comportamiento de la escuela.
- Reza con tu hijo/a un Acto de Contrición.

NOVENO GRADO - Bullying/Peleas en la Escuela Secundaria

- AMAR y GUSTAR no son sinónimos. Enséñele a su hijo que AMAR significa respetar a todos, incluso a quienes no le agradan.
- AMAR significa incluir, saludar, invitar, compartir, pedir ayuda, ofrecer ayuda, mostrar respeto, etc.
- Explíquele que no podemos controlar a los demás; somos responsables de controlarnos a nosotros mismos.
- Espere que su hijo asuma las consecuencias de una mala decisión.
- Adopte el mantra de que «Una explicación no es una excusa».

“El ambiente entre los compañeros era amistoso, aunque no exento de alguna que otra pelea y riña- con dos chicos en particular, a quienes los demás pronto consideramos estúpidos e incompetentes. No los intimidábamos, sino que los tratábamos con una especie de desprecio, y con burla.

Con uno de ellos, terminó en una pelea. Me molestó mucho tiempo porque no lo había gestionado bien. En la pelea, lo tiré al suelo, se golpeó la cabeza al caer e incluso perdió el sentido, y además lo hice con una cobardía inapropiada. Mi padre me llevó a visitarlo a su casa. Lo encontré en la cama, le pedí disculpas y poco a poco la situación se fue resolviendo. El chico se unió al resto del grupo... pero el peso de lo que había hecho, de mi sentimiento de haberme equivocado, no desapareció. (ESPERANZA, p. 101)